



SYLVIA DAY

Suplicame

Por la autora de la exitosa serie
«**Crossfire**»



Suplicame

Sylvia Day

Esencia/Planeta

1



Marcus se topó con Elizabeth incluso antes de poner los pies en el salón de baile de Moreland. Atrapado en la escalinata, tuvo que hacerse un hueco entre los impacientes invitados y otros dignatarios que intentaban dirigirse a él con cualquier excusa. Sin embargo, Marcus no tenía interés por los que rivalizaban por sus atenciones; en cuanto la vio, se quedó completamente inmóvil.

Estaba incluso más hermosa y exquisita que años atrás. Marcus era incapaz de comprender cómo era posible que su corazón siguiera encaprichado de ella, con más fuerza si cabe. Quizá los largos años de separación fueran los responsables.

Esbozó una sonrisa burlona y, cuando sus ojos se encontraron, él dejó que su rostro transmitiera el placer que le provocaba volver a verla. Ella, en cambio, levantó la barbilla y apartó la mirada. Era evidente que Elizabeth no correspondía a sus sentimientos. Aquello había sido un desaire deliberado, un corte directo y preciso, pero que no había conseguido derramar ni una sola gota de sangre. Estaba inmunizado contra cualquier tipo de ataque, porque ella ya le había infligido la peor de las heridas hacía tiempo.

Marcus se sacudió la indiferencia de Elizabeth con facilidad. Esta vez, por mucho que Elizabeth se esforzara, no conseguiría alterar su destino.

Ya hacía varios años que él ejercía como agente de la Corona y, durante ese tiempo, había llevado una vida que podía rivalizar con las historias más sensacionalistas. Se había batido en duelo

de espadas en numerosas ocasiones, le habían disparado dos veces y había esquivado más balas de cañón que cualquier otro hombre. En ese lapso de tiempo, había perdido tres de sus barcos y hundido media docena, antes de verse obligado a quedarse en Inglaterra debido a las exigencias de su título. Y, aun así, sólo era capaz de notar aquella repentina y feroz oleada de sensaciones recorriéndole las venas cuando compartía habitación con Elizabeth.

Avery James, su compañero, se acercó a él cuando se dio cuenta de que se había quedado clavado en su sitio.

—Allí está la vizcondesa Hawthorne —informó, mientras la señalaba con un imperceptible gesto de la barbilla—. Está a tu derecha, justo a la entrada del salón de baile; lleva un vestido violeta. Es la que...

—Ya sé quién es.

Avery le miró sorprendido.

—No sabía que os conocíais.

Los labios de Marcus, conocidos por su habilidad para dejar sin aliento a cualquier mujer, esbozaron una descarada sonrisa.

—Lady Hawthorne y yo somos... viejos amigos.

—Ya entiendo —dijo Avery con una expresión confundida en el rostro que contradecía sus palabras.

Marcus apoyó su mano sobre el hombro de Avery, que era un poco más bajo que él.

—Adelántate mientras me deshago de toda esta gente y deja que me encargue yo de lady Hawthorne.

Avery vaciló un momento, pero luego asintió con reticencia y se abrió paso hacia el salón de baile, dejando atrás la multitud que asediaba a Marcus.

Éste moderó la irritación que sentía hacia aquellos inoportunos invitados que le bloqueaban el paso y agradeció con seque-

dad la ráfaga de saludos y preguntas que le dirigían. Esas aglomeraciones eran uno de los motivos por los cuales le desagradaban tanto las fiestas. Los caballeros que nunca tenían iniciativa para ir a verlo durante las horas de visita se sentían libres, en ese entorno relajado, para acercarse a él. Pero él nunca mezclaba los negocios con el placer. Ésa había sido su máxima principal hasta aquella noche.

Elizabeth iba a ser la excepción. Siempre lo había sido.

Marcus hizo girar su *quizzing glass*¹ y observó cómo Avery se deslizaba con facilidad entre la multitud; luego, desvió la mirada y la posó sobre la mujer que le habían encargado proteger. Su imagen lo embriagó hasta despertar su sed.

Elizabeth nunca había sido amante de las pelucas y aquella noche no la llevaba, al contrario que la mayoría de las demás invitadas. El efecto de las plumas blancas sobre su pelo oscuro resultaba arrebatador y atraía sobre ella todas las miradas. Su melena negra contrastaba con el sorprendente color de sus ojos, que parecían amatistas.

Sus miradas se entrecruzaron durante sólo un instante, pero la intensa conmoción de su magnetismo se prolongó y no pudo evitar sentirse atrapado por su energía. Una fuerza inexplicable tiraba de él, apelaba a sus sentidos de un modo primitivo y le atraía como la luz a una palomilla. Y a pesar del peligro que implicaba quemarse, Marcus era incapaz de resistirse.

Elizabeth tenía una forma muy particular de mirar a los hombres con aquellos impresionantes ojos. Marcus fantaseó con que era el único de aquella sala, que todo el mundo había desaparecido y que no había nada entre la escalinata donde estaba atrapado

1. Precursor del monóculo. Llevaba una montura con mango, generalmente ornamentada, y se sujetaba frente al ojo a modo de lupa, como los pequeños prismáticos para el teatro. (*N. del t.*)

y el punto en que ella esperaba, en el extremo opuesto del salón de baile.

Se imaginó salvando la distancia que los separaba para estrecharla entre sus brazos y posar la boca sobre sus labios. Sabía que aquellos labios, carnosos y con aquella forma tan erótica, se fundirían bajo los suyos en cuanto entraran en contacto. Quería deslizar su boca por ese esbelto cuello y lamer el contorno de su clavícula. Anhelaba perderse en su exuberante cuerpo y colmar el insaciable apetito que sentía, una voracidad tan poderosa que lo hacía enloquecer.

Hubo un tiempo en que lo había querido todo: sus sonrisas, sus carcajadas, el sonido de su voz, poder ver el mundo a través de sus ojos. Ahora, sin embargo, su necesidad era mucho más básica. Marcus se negaba a permitir que se convirtiera en algo más que eso. Deseaba recuperar su vida, una vida sin dolor, sin ira y sin noches en vela. Elizabeth le había arrebatado todo eso y tendría que prepararse para devolvérselo.

Apretó los dientes. Había llegado la hora de acortar las distancias.

No obstante, una mirada suya había bastado para que su autocontrol se fuera a pique. ¿Qué ocurriría cuando volviera a tenerla entre sus brazos?

Elizabeth, vizcondesa Hawthorne, sintió cómo el calor se adueñaba de sus mejillas y se quedó conmocionada durante un buen rato.

Su mirada se había cruzado con la del hombre de la escalera durante un segundo y, sin embargo, sólo un instante había sido suficiente para que se le acelerara el corazón hasta alcanzar una velocidad alarmante. Inmóvil y cautivada por la masculina belleza de

su rostro —que había demostrado un evidente placer al verla de nuevo—, se encontró sorprendida y confusa por la reacción que había experimentado, muy lejana a la indiferencia, y el arrogante desdén que le había dedicado durante tantos años.

Marcus, que ahora era el conde de Westfield, tenía un aspecto magnífico; era el hombre más guapo que había visto en su vida. Cuando posó los ojos sobre ella, Elizabeth volvió a sentir una chispa y eso le produjo un profundo aturdimiento. La intensa atracción que siempre había existido entre ellos no había menguado ni un ápice.

Pero después de cómo se había comportado debería repugnarle.

El contacto de una mano sobre su hombro la sacó de su ensimismamiento y, al darse la vuelta, se encontró junto a George Stanton, que examinaba su rostro con preocupación.

—¿Se encuentra bien? Parece un poco acalorada.

Elizabeth ahuecó el encaje que coronaba la manga de su vestido para esconder su incomodidad.

—Aquí hace mucho calor.

Abrió el abanico y empezó a darse aire con energía para enfriar sus ardientes mejillas.

George se marchó instantes después y Elizabeth volvió a dirigir su atención al grupo de caballeros que la rodeaban.

—¿De qué hablábamos? —preguntó a nadie en particular. Lo cierto era que llevaba más de media hora sin prestar atención alguna a la conversación.

Thomas Fowler le contestó:

—Departíamos sobre el conde de Westfield. —Hizo un discreto gesto en dirección a Marcus—. Nos sorprende verlo aquí, puesto que es de dominio público que el conde siente aversión por esta clase de eventos.

—Ciertamente. —Elizabeth fingió indiferencia mientras sentía cómo las palmas de sus manos se humedecían dentro de los guantes—. Esperaba que el conde fuera fiel a su costumbre también esta noche, pero, por lo visto, no he tenido esa suerte.

Thomas cambió de postura y su rostro reflejó cierta incomodidad.

—Le ruego que me disculpe, lady Hawthorne. Había olvidado su pasado en común con lord Westfield.

Ella se rió con elegancia.

—No hace falta que se disculpe. Al contrario, le doy mi más sincero agradecimiento. Estoy segura de que es usted la única persona de todo Londres que ha tenido la cortesía de olvidarlo. No se preocupe por él, señor Fowler. El conde fue poco importante para mí entonces, y ahora aún menos.

Elizabeth sonrió cuando George regresó con su bebida. Los ojos del hombre brillaron al advertir su agradecimiento.

Cuando se reanudó la conversación, Elizabeth cambió discretamente de postura para asegurarse de poder lanzar miradas furtivas en dirección a Marcus, que seguía abriéndose paso entre los invitados de la atestada escalinata. Era evidente que su libidinosa reputación no había alterado su poder ni su influencia. Aquel hombre tenía una presencia imponente, incluso en medio de la multitud. Algunos de los caballeros más influyentes que había en el baile se apresuraron a saludarlo antes de que pudiera bajar hasta el salón. Las mujeres, ataviadas con una deslumbrante variedad de colores y envueltas en encajes, empezaron a deslizarse con disimulo hacia la escalera. El número de admiradoras que se desplazó en su dirección desmontó el equilibrio de la sala, aunque, a decir verdad, Marcus mostraba indiferencia ante tanta adulación.

Mientras avanzaba por el salón, se movía con la despreocupada arrogancia de un hombre acostumbrado a conseguir todo

cuanto quiere. La multitud que lo rodeaba trataba de retenerle, pero Marcus se abría paso a través de la gente con facilidad, prestando algo de atención a pocos, tratando a la ligera a los demás y, en algunos casos, limitándose a levantar la mano con un gesto petulante. Dominaba a todos con la poderosa fuerza de su personalidad y ellos se rendían, encantados, a sus pies.

Entonces, Marcus volvió a notar la intensidad de su mirada y sus ojos se cruzaron de nuevo con los de Elizabeth. Ese instante de intimidad hizo que él volviera a curvar hacia arriba las esquinas de su generosa boca. El brillo de sus ojos y la calidez de su sonrisa masculina hacían promesas que él, como hombre, jamás podría mantener.

Lord Westfield desprendía cierto aire de aislamiento y sus movimientos transmitían una inquietud inexistente hacía cuatro años. Elizabeth las captó como señales de advertencia y decidió tenerlas muy en cuenta.

George miró por encima de su hombro y observó la escena.

—Me parece que lord Westfield viene hacia aquí.

—¿Está usted seguro, señor Stanton?

—Sí, milady. En este momento, Westfield me está mirando fijamente mientras hablo con usted.

La tensión se acumuló en la boca del estómago de Elizabeth. La primera vez que sus miradas se habían encontrado, Marcus se había quedado congelado, pero el segundo cruce había resultado perturbador. Y, ahora, de repente, se dirigía hacia ella y no había tenido tiempo para prepararse. Cuando empezó a abanicarse de nuevo, George bajó la mirada para observarla.

«¡Maldita la hora en que Marcus había decidido presentarse allí esa noche!» Era su primer evento social después de tres años de luto. Hacía escasas horas que había vuelto a emerger y parecía que él había estado aguardando con impaciencia a que llegara el

momento. Sin embargo, Elizabeth era consciente de que no había sido así. Mientras ella vivía escondida bajo infinitas capas de crepé negro y secuestrada por la imposición del luto, Marcus se había labrado una firme reputación en las alcobas de un buen número de mujeres.

Había roto su corazón de la forma más insensible y lo único que merecía era su desprecio, sobre todo en una noche como ésta. Pero el objetivo de Elizabeth no era disfrutar de la fiesta. Esperaba la llegada de un hombre con el que se había citado en secreto. Lady Hawthorne iba a dedicar esa velada a la memoria de su marido. Estaba decidida a conseguir la justicia que su difunto esposo merecía y a asegurarse de que se cumplía.

La multitud se apartaba con cierta reticencia ante el avance de Marcus y luego se reagrupaba tras sus pasos. Los movimientos de la gente anunciaban los progresos que hacía en su dirección. Hasta que llegó, se detuvo justo delante de ella y sonrió. Elizabeth sintió que se le aceleraba el pulso y tuvo la poderosa tentación de huir, pero el momento que podría haber aprovechado para hacerlo pasó demasiado rápido.

Enderezó la espalda e inspiró con fuerza. La copa que tenía en su mano empezó a temblar y se apresuró a beberla de un trago para evitar tirarse el líquido sobre el vestido. Luego dio el recipiente vacío a George sin tan siquiera mirarle. Y Marcus cogió su mano antes de que pudiera recuperarla.

Luego agachó la cabeza esbozando una encantadora sonrisa sin apartar sus ojos ni un solo momento.

—Lady Hawthorne. Arrebatadora, como siempre. —Su voz era suntuosa y cálida, y Elizabeth no pudo evitar pensar en el terciopelo—. ¿Es muy absurdo albergar la esperanza de que le quede algún baile libre y pensar que podría estar dispuesta a bailar conmigo?

Elizabeth trató de encontrar alguna forma de rechazarle. La traviesa energía viril de Marcus, potente incluso desde el otro extremo del salón, resultaba abrumadora en distancias tan cortas.

—No he venido a bailar, lord Westfield. Puede preguntárselo a cualquiera de estos caballeros.

—No deseo bailar con ninguno de ellos —contestó él con sequedad—. Y lo que puedan pensar no me interesa en absoluto.

Ella había empezado a poner objeciones cuando percibió el desafío en los ojos de Marcus. Le sonreía con diabólica diversión y la retaba a seguir adelante con su rechazo, pero Elizabeth se detuvo. No pensaba darle la satisfacción de que se marchara convencido de que tenía miedo de bailar con él.

—En ese caso, y si insiste, podemos bailar la siguiente pieza, lord Westfield.

Él agachó la cabeza con elegancia y aprobación, le ofreció el brazo y la acompañó hasta la pista de baile. Cuando los músicos empezaron a tocar, las notas se alzaron en alegres olas por encima de la multitud para formar los preciosos acordes de un minueto.

El conde se volvió y le ofreció la mano. Ella colocó su palma sobre la de Marcus y agradeció que los guantes evitaran el contacto de su piel con la de aquel hombre. El salón de baile estaba lleno de velas que proyectaban un brillo dorado sobre la escena. Elizabeth, que no podía apartar los ojos de los fuertes hombros de Marcus, empezó a escrutarlo con sus pestañas entornadas en busca de posibles cambios.

Siempre había sido un hombre muy activo, amante de practicar una gran variedad de deportes y actividades. Elizabeth tuvo la sensación de que estaba incluso más fuerte y robusto que cuatro años atrás. Asombrada, recordó su ingenuidad de antaño, cuando pensaba que podría domesticarlo. A él, que era el poder personificado. Por suerte, ya no era tan tonta.

La única parte delicada de su anatomía era su suntuoso pelo moreno, que brillaba como la hoja de un sable, atado a la nuca con un sencillo lazo negro. Su mirada esmeralda, afilada e inquisitiva, la atravesaba con una inteligencia feroz. Era un hombre listo para quien el engaño no era más que un simple juego, algo que ella había aprendido a expensas de su corazón y de su orgullo.

Elizabeth esperaba encontrar en su rostro las señales propias de un estilo de vida indulgente, pero su atractivo semblante no dejaba entrever tal testimonio. En lugar de ello, Marcus lucía la tez morena de una persona que pasa mucho tiempo al aire libre. En aquel momento, la media sonrisa de su boca le confería un aire juvenil y seductor al mismo tiempo. Su nariz recta y un tanto aguileña asomaba por encima de aquellos generosos y sensuales labios. Era magnífico desde el cabello hasta los pies. Y la observaba mientras ella lo miraba. Era evidente que se había dado cuenta de que no podía evitar admirar su encanto. Entonces Elizabeth bajó la vista y clavó los ojos en su chorrera con determinación.

La fragancia masculina que desprendía —una combinación de sándalo y tintes cítricos, junto a su inconfundible olor personal— se estaba adueñando de los sentidos de Elizabeth. El rubor que teñía la piel de la dama se coló en su interior y se mezcló con su aprensión.

Marcus pareció leer sus pensamientos, ladeó la cabeza y cuando finalmente se dirigió a ella lo hizo con un tono de voz grave y ronco.

—Elizabeth. Tengo que admitir que hace mucho tiempo que esperaba poder disfrutar de tu compañía.

—El placer, lord Westfield, es completamente suyo.

—Hubo un tiempo en que me llamabas Marcus.

—Ahora sería del todo inapropiado que me dirigiera a usted de un modo tan informal, milord.

Él esbozó una sonrisa pecaminosa.

—Te doy permiso para actuar de forma inapropiada conmigo siempre que quieras. A decir verdad, siempre he disfrutado mucho de tus actitudes inapropiadas.

—Me parece que usted ha disfrutado de los favores de muchas mujeres que le han complacido de la misma forma.

—Eso jamás, mi amor. Tú eres diferente y siempre has estado al margen de cualquier otra.

Elizabeth ya había conocido a un buen número de sinvergüenzas y descarados, pero la escurridiza seguridad que demostraban y sus actitudes descaradas la dejaban indiferente. Sin embargo, Marcus tenía tanta habilidad seductora, que conseguía que todo cuanto decía sonara sincero. Tiempo atrás, ella misma había dado por ciertas todas las declaraciones de adoración y devoción que salían de sus labios. Incluso en aquel momento, en que estaba alerta, le ocurría lo mismo: esa forma que tenía de mirarla con feroz deseo parecía tan genuina que casi se la creía.

Marcus no conseguiría que ella olvidara la clase de hombre que era, un seductor sin corazón. Pero su cuerpo le enviaba señales contradictorias; se sentía febril y hasta un poco mareada.

—Tres años de luto —dijo él con una ligera nota de amargura—. Me alivia mucho poder comprobar que el dolor no ha destruido tu belleza. A decir verdad, estás aún más hermosa que la última vez que estuvimos juntos. Supongo que la recordarás, ¿verdad?

—Vagamente —mintió ella—. Hace muchos años que no pienso en ello.

Elizabeth lo observó mientras cambiaban de pareja y se preguntó si él se daría cuenta de su turbación. Marcus irradiaba una

aura de magnetismo sexual innata. La forma que tenía de moverse, de hablar, su olor... Todo en él provocaba poderosas energías y despertaba intensos apetitos. Elizabeth lo percibió y recordó el peligro que implicaba estar cerca de él.

Cuando los pasos del minuetto volvieron a juntarlos, la voz de Marcus se vertió sobre ella como un chorro de líquido ardiente.

—Me duele que no te muestres más contenta de verme, sobre todo porque he decidido asistir a este miserable evento sólo para estar contigo.

—Eso es ridículo —se burló ella—. Usted no podía saber que yo iba a estar aquí esta noche. Por favor, ocúpese de cualquiera que sea su objetivo y déjeme en paz.

La voz de Marcus era alarmantemente dulce.

—Tú eres mi objetivo, Elizabeth.

Ella lo miró perpleja durante un momento, mientras la creciente incomodidad que sentía le revolvía el estómago.

—Mi hermano se enfadará mucho si nos ve juntos.

A Marcus se le ensancharon las aletas de la nariz y ella esbozó una mueca. Hacía años, él y William habían sido grandes amigos, pero el fin de su compromiso también había acabado con su amistad. De todas las cosas que Elizabeth lamentaba, aquélla era la que más la atormentaba.

—¿Qué quiere? —preguntó ella cuando se dio cuenta de que él no iba a explicarle nada más.

—Que cumplas tu promesa.

—¿Qué promesa?

—Tu piel contra la mía sin nada que las separe.

—Estás loco. —Elizabeth suspiró con fuerza y empezó a temblar. Entonces entrecerró los ojos—. No juegues conmigo. Piensa en todas las mujeres que han estado entre tus sábanas desde que nos separamos. Te hice un favor al liberarte de...

Elizabeth contuvo la respiración cuando la mano enguantada de Marcus giró bajo la suya y le apretó los dedos con fuerza.

Entonces a él se le oscureció la mirada y espetó:

—Me hiciste muchas cosas cuando faltaste a tu palabra. Pero ninguna de ellas puede considerarse un favor.

Ella respondió, sorprendida por su vehemencia.

—Tú sabías muy bien lo que yo opinaba de la fidelidad y lo mucho que la valoraba. Jamás podrías haberte convertido en la clase de hombre que yo necesitaba.

—Yo era exactamente lo que tú querías, Elizabeth. Me deseabas tanto que te asustaste.

—¡Eso no es cierto! ¡No te tengo miedo!

—Lo tendrías si demostraras un poco más de sentido común —murmuró.

Elizabeth le hubiera contestado, pero los pasos del baile volvieron a alejarlos. Marcus esbozó una brillante sonrisa a la mujer que bailaba a su alrededor y Elizabeth apretó los dientes. Él no volvió a decir una sola palabra durante el resto del baile, ni siquiera cuando se mostraba encantador con las mujeres con las que entraba en contacto.

La mano con que había tocado a Marcus le ardía y la intensidad de su mirada le quemaba la piel. Él nunca había escondido la descarada sexualidad de su naturaleza y siempre la había animado a desatar la suya. Marcus le había ofrecido lo mejor de ambos mundos: la respetabilidad de su posición y una pasión que le hacía hervir la sangre. Y ella había creído que él podría hacerla feliz.

Qué ingenua había sido. Con la familia que tenía debería haberlo sospechado.

En cuanto acabó el baile, Elizabeth huyó de los brazos de Marcus con rapidez. Entonces vio que alguien alzaba la mano y sonrió cuando descubrió que era Avery James. En seguida com-

prendió que él era el hombre que esperaba y trató de aclarar sus ideas. Avery sólo asistiría a un evento como ése siguiendo las órdenes de su superior.

Eldridge le había asegurado que, como viuda de un agente digno de toda su confianza, si alguna vez necesitaba algo sólo debía pedirlo. Avery era la persona asignada con quien tenía que contactar. A pesar de su apariencia cínica y cansina, en realidad era un hombre sensible y considerado que había sido indispensable para ella durante los meses que siguieron a la muerte de Hawthorne. Al verlo, Elizabeth recordó el motivo por el que estaba allí.

Se alejó de Marcus mientras éste la llamaba con insistencia.

—El baile que me ha pedido ha terminado, Westfield —le dijo por encima del hombro—. Ya es usted libre para disfrutar de su merecida reputación y dejarse llevar por las atenciones amorosas de sus admiradoras.

Elizabeth esperaba que él comprendiera algo que era evidente, que, por mucho que le costara, no tenía intención de volver a verlo.

Marcus observó cómo Elizabeth se movía con elegancia en dirección a Avery. Ahora que estaba de espaldas a él ya no tenía por qué ocultar su sonrisa. Le había vuelto a rechazar. Otra vez.

Pero su dulce Elizabeth pronto descubriría que él no era un hombre al que se pudiera ignorar con tanta facilidad.